

Manuel Soriano
Variaciones de Koch



El protagonista de todos los cuentos de este libro es Koch, y Koch es un enigma. Porque ¿quién es Koch? ¿El turista que desaprensivamente sube con su mujer a una camioneta conducida por un psicópata, el marido que demora cumplir con un encargo doméstico mientras espera el resultado de un análisis sobre fertilidad? ¿El ejecutivo de alto nivel que busca integrarse a una distinguida sociedad londinense? Todos y cada uno, y más. Y es también, como el bacilo del mismo nombre, quien cataliza los estados y las situaciones: no solo las protagoniza, sino que también las altera. Y si las variaciones suelen serlo sobre un mismo tema, es decir que insisten sobre un mismo asunto, estos relatos exploran una y otra vez las relaciones humanas, que pueden fácilmente ser ganadas por la indiferencia, la ironía, el desgaste y la crueldad. El autor de *Rugby* vuelve con estos cuentos actuales y ácidos, justamente premiados y celebrados.

Índice de contenido

Cubierta

Variaciones de Koch

Doble cabina

Ropa sucia

El olor del trabajo

Taíbi

Cordón roto

¿Qué tiene de malo la lechuga?

London archer

Sobre el autor

variación: (Del lat. variatio, -ōnis).

1. f. Acción y efecto de variar.

2. f. Mat. Cada uno de los subconjuntos del mismo número de elementos de un conjunto dado, que difieren entre sí por algún elemento o por el orden de estos.

3. f. Mús. Cada una de las imitaciones melódicas de un mismo tema.

variaciones sobre un mismo tema:

1. f. pl. irón. coloq. Insistencia en un mismo asunto.

Doble cabina

Cruzaron la frontera y caminaron. Siguieron la ruta hasta dar con una estación de servicio. El intenso olor a alcohol del combustible los hizo sentir en Brasil. «Bemvindo», dijo ella y sonrieron. Triana y Koch inspiraron profundamente por la nariz y largaron el aire por la boca. Se dejaron invadir por los recuerdos del viaje anterior. Recuerdos gratos y calurosos. Ya era de tardecita y unas pocas nubes tapaban el sol, pero la temperatura se mantenía bien por encima de los treinta grados. Koch compró dos latas de cerveza Skol en la tienda de la estación. Brindaron haciendo sonar el metal de las latas antes de dar el primer trago. La cerveza, fría y ligera, los ayudó a apagar el calor de la caminata.

No hicieron dedo en la ruta. La experiencia les había demostrado que es más efectivo pedir viaje de boca. Por eso habían ido hasta la estación. El destino final era Imbituba, un pueblo de pescadores en el litoral sur de Santa Catarina, pero cualquier aventón en dirección al norte les venía bien. Mientras tomaban las cervezas analizaron a los candidatos. Descartaron los vehículos cargados de familias y los autos pequeños con chapa uruguaya o de Rio Grande do Sul. Eligieron, en cambio, una camioneta Nissan de doble cabina, que cargaba en la caja una gran pila de bolsas de comida para perros.

Triana era la encargada de hacer el pedido, porque hablaba portugués fluidamente y además era simpática y hermosa. Cuando se acercó a la camioneta notó que la chapa era de São Paulo y que el conductor se había bajado a estirar las piernas. Era un hombre de mediana estatura, macizo, de cabeza rapada y piel oscura, como sucia. Usaba ojotas,

pantalón de fútbol negro y una remera verde sin mangas. Íntimamente, Triana era consciente de su efectividad para pedir viaje, y ejercer ese discreto poder era una actividad que la entretenía. Encaró al hombre y habló sin timidez:

—Vamos para Florianópolis —dijo, y su voz era inocente y bella—: ¿nos da carona?

El hombre miró a Triana detenidamente y luego miró a Koch, que ya se acercaba. Dijo que sí, que los podía llevar hasta Porto Alegre, si eso les servía de algo. Luego juntó sus manos como si se dispusiera a rezar y elevó los brazos por encima de su cabeza, rotando el torso para los costados. Repitió ese ejercicio varias veces, desperezándose como un gato. Esa fue la imagen que se impuso en la cabeza de Triana: como un gato, se mueve como un gato. El hombre sintió la mirada y explicó:

—Es para relajar la columna. Muy bueno —su castellano, aunque abrasilerado, era correcto.

Triana imitó los movimientos del hombre, y al levantar los brazos dejó al descubierto la piel blanca de su cintura y la perfección de su ombligo.

—Cuando era bailarina hacía un ejercicio parecido para aflojar el cuerpo —dijo Triana, mirando al hombre.

El conductor dijo su nombre y extendió su mano derecha: primero a Koch, firme, y luego a Triana, aflojando la fuerza. Subieron a la camioneta, los dos hombres en los asientos de adelante, la mujer y las mochilas en los asientos de atrás, y tomaron la ruta en dirección al norte. Apenas subieron sintieron el olor a comida de perro. Era un olor espeso, casi corpóreo. El piso de los asientos traseros estaba alfombrado con bolsas de comida para perros. Triana se sacó las sandalias y apoyó los pies sobre una bolsa. Pudo sentir, con los dedos, las pequeñas esferas de alimento balanceado.

El hombre aceleró la marcha hasta llegar a ciento veinte kilómetros por hora y encendió la radio: pasaban sambas y pagodes, canciones empalagosas que Triana y Koch desco-

nocían, a pesar de considerarse expertos en música popular brasilera. El hombre sí las conocía, tamborileaba suavemente sobre el volante, cantaba algunos estribillos. Durante un largo rato viajaron sin hablar. Koch odiaba el rutinario parloteo que suele darse en situaciones como esa. «Si el conductor no habla, es porque no quiere hablar», le había dicho a Triana en más de una ocasión. Koch fijó la mirada en la ruta, aflojó su cuerpo huesudo contra la butaca, se rascó la barba de diez días y trató de pensar en nada.

Sobre el tablero de la camioneta había dispuesto un altar. La atención de Koch recaía constantemente sobre esa especie de ofrenda: cuatro virgencitas de cerámica, un rosario de madera colgando del espejo retrovisor. Koch miró a las virgencitas: dos de ellas estaban de cara a la ruta, las otras dos, de cara a los pasajeros. Se sintió intimidado. Cerró los ojos e imaginó algo terrible: un choque de frente, contra un camión, el sonido del metal hundiéndose, la muerte en dos segundos. Koch llevó la mano a la hebilla del cinturón de seguridad y probó su resistencia con un disimulado tirón. Cuando volvió a mirar a las virgencitas forzó una sonrisa. «Soy médico. Un científico. No puedo perseguirme con estas supersticiones», se dijo a sí mismo. Estiró el brazo, como si quisiera tocar una de las estatuillas, y luego se arrepintió, dejando la mano a mitad de camino.

El hombre lo miró de reojo.

—Quien anda en la ruta debe andar en paz con Dios — dijo.

El hombre hablaba así, como desgranando aforismos. Hizo la señal de la cruz y luego se besó la uña del pulgar.

Otra vez silencio, esta vez un vacío incómodo, enrarecido. Triana adelantó su cuerpo, asomando la cabeza entre los asientos de adelante, como hacen los niños y los perros, y empezó a hablar de cualquier cosa. Le contó al hombre que tres años atrás habían hecho el mismo viaje, haciendo dedo del Chui hasta Imituba, y que ahora estaban repitiendo el camino.

—Como una lua de mel —agregó Triana, apoyando su mano sobre el hombro de Koch.

El hombre no dijo nada, apenas asintió para demostrar que había escuchado. Ajustó el espejo retrovisor para poder mirar a Triana a la cara y sonrió. Tenía los dientes blancos y algunas coronas plateadas.

El hombre manejaba con pericia pero arriesgaba demasiado para el criterio de Koch. Adelantaba a los camiones exigiendo el motor, en tramos donde estaba prohibido, por la presencia de una curva o una pendiente. Koch pensó en decirle algo, pedirle más precaución, pero no se animó a hacerlo.

Ya era de noche cuando cruzaron Pelotas. La ruta era estrecha y oscura. El hombre se largó a pasar a un camión en una profunda subida, pero el camionero aceleró, como si no quisiera que lo adelantaran. Koch vio una luz de frente, acercándose. Miró a la virgencita y recordó, como un trueno, el sonido del metal contra el metal.

—Cuidado —gritó y se aferró del pasamano, cerrando los ojos.

El hombre aceleró la marcha y logró pasar al camión con tranquilidad, unos treinta metros antes de cruzar al auto que venía de frente. Koch se hundió en su butaca, avergonzado.

—Tranquilo, compañero —dijo el hombre—. Llevo toda una vida en la ruta.

Koch no dijo nada. El hombre volvió a hablar, ahora mirando a Triana por el espejo retrovisor:

—¿Usted sabe cómo medir la distancia de los autos que vienen? —preguntó.

Triana hizo que no con la cabeza.

—Es fácil. Si se ve una sola luz, el auto está lejos y se puede pasar. Si se pueden distinguir las dos luces, el auto está cerca y no se puede pasar.

Triana asintió, asimilando la información.

—¿Y si es una moto? —preguntó Koch, enderezándose.

El hombre se echó a reír como no había hecho antes, y al hacerlo su rostro cambió de expresión, como si se transformara en otra persona. Era una risa agria y entrecortada, brotaba de su garganta como leche cuajada saliendo a pe lotones por la boca de un sachet.

—Hombre en moto es hombre muerto —dijo por fin y volvió a reírse.

Era casi medianoche cuando llegaron a Camaquá. Tres años atrás también habían parado en esa pequeña ciudad. Los había levantado una pareja de argentinos que viajaba hacia Florianópolis y se detuvieron a almorzar en un gran comedor con buffet autoservicio. Pero esta vez el hombre salió de la ruta y condujo hacia adentro, por una callecita de tierra, durante varios minutos. Se detuvo frente a un bar, con unas pocas mesas amarillas de plástico dispuestas sobre la vereda. El hombre bajó de la camioneta de un salto y saludó a la moza con un beso en cada mejilla. Era una mulata potente y risueña, de unos cuarenta años. El hombre la tomó por la cintura y hundió sus dedos en la carne descubierta. Triana pudo ver esa imagen: los dedos firmes incrustados en la carne blanda: parecían dos manos de novios entrelazadas. El hombre la presentó:

—Monique, la reina de Camaquá —dijo, tomándola de la mano y haciéndola dar una vueltita.

—Triana, la reina de Montevideo —dijo Triana, siguiendo el juego.

—Koch, el emperador de Buenos Aires —dijo Koch, ya de mejor humor.

Ordenaron cervezas y pidieron la especialidad de la casa: unas hamburguesas gigantes, acompañadas de papas fritas, porotos negros y ensalada de tomate y lechuga. Después de comer pidieron más cervezas. La moza se sentó a la mesa, encendieron cigarrillos y conversaron. Monique quiso saber cómo se habían conocido, el argentino y la uru-

guaya, y Triana le contó la historia con todos los detalles, como ya lo había hecho cientos de veces. Le dijo que tres años atrás se habían encontrado en Punta del Diablo, un pueblito en la costa uruguaya, a menos de cincuenta kilómetros de la frontera con Brasil; que Koch recién se había recibido de médico y estaba viajando solo, de mochilero, por toda Latinoamérica.

—Como el Che Guevara —dijo el hombre, y largó su risa entrecortada.

Triana siguió su relato animadamente, mezclando el castellano y el portugués.

—En Punta del Diablo pedimos carona y un casal nos llevó hasta Imbituba. Ahí ficamos casi dos semanas... y en ese tiempo nos apaixonamos —apoyó su mano sobre la de Koch—. Ahora estamos haciendo el mismo viaje: de Punta del Diablo a Imbituba.

Monique quiso saber si se habían casado. Triana demoró unos segundos pero luego le respondió que no, pero que vivían juntos hacía más de dos años, en Buenos Aires.

—Koch trabaja en un hospital y en el consultorio de seu pai, y yo trabajo en una loja de ropa —agregó.

—¿Ya no danza? —le preguntó el hombre.

—¿No qué?

—No danza, no baila. Antes habló que era bailarina. ¿Ya no es más?

—Danzo, ainda, sí, pero solo por diversión —respondió Triana y levantó los brazos, insinuando el arranque de un paso de baile.

El hombre se paró atléticamente y encendió a todo volumen la radio de la camioneta. Dejó la puerta abierta, para que el sonido brotara hacia fuera, y sacó a bailar a Monique. Eran pasos simples y agraciados: los cuerpos muy pegados, casi frotándose, al compás del forró. Triana y Koch se quedaron sentados, mirando. Triana vio, otra vez, los dedos del hombre, hundidos en la cadera de la mulata. Se puso de pie y sacó a bailar a Koch. Él carecía de ese tipo de

motricidad y por esa razón no le gustaba bailar, pero de todas formas aceptó la invitación y se movió como pudo, tratando de pasar inadvertido. Monique los miraba de reojo y cuando terminó la canción quiso enseñarles los pasos básicos del forró. Pidió permiso a Triana y tomó a Koch de la mano.

—Eu vou fazer de homem —dijo Monique y mostró los pasos del que debe guiar el baile.

Empezó una nueva canción y bailaron, a los tropezones. El hombre aprovechó para acercarse a Triana e invitarla a bailar.

—Eu tambem vou fazer de homem —le susurró al oído.

Una franja de tres centímetros de piel separaba la pollera de la remera de Triana, y en ese espacio colocó su mano el hombre. Triana se dejó llevar y bailaron a ritmo sin ninguna dificultad. En medio del baile, el hombre movió su mano de la cadera hasta el centro de la espalda, justo al lugar donde nace la columna, y la deslizó suavemente por debajo del algodón de la remera. Dejó la mano firme y quieta e hizo balancear a Triana al ritmo de la música. Ella transpiraba, unas pequeñas gotas recorrían su espalda, y esa lubricidad favorecía el movimiento. Triana sintió las uñas del hombre, por un segundo, hundiéndose en la carne de su espalda, sintió la presión aumentar y aflojar, y luego desaparecer por completo. Fue una cosa breve, la mitad de un segundo, pero esa sensación, la de las uñas en su piel, acompañó a Triana durante toda la canción.

Koch observaba, por encima del hombro de la mulata, el baile del hombre y su mujer. Cuando terminó la canción, Monique aplaudió y los felicitó a los gritos por lo rápido que habían aprendido. Koch aprovechó la pausa para acercarse hasta Triana y tomarla por la cintura.

—Tenemos muy buenos profesores —dijo Koch. Abrazó a Triana por detrás y le dio un beso en la boca.

—Hay que volver a la ruta —dijo el hombre de repente, mirando su reloj.

Koch insistió en invitar la comida y las cervezas.

—Por clases de baile y por el viaje —dijo, para justificarlo, y el resto accedió, agradeciendo.

Triana pidió agua caliente para el mate y Monique fue hasta la cocina, del otro lado de una puerta de madera, llevando consigo el termo metálico.

—Vengo ya —dijo el hombre. Siguió los pasos de Monique y desapareció detrás de la puerta de madera.

Apenas subieron a la camioneta volvieron a sentir el olor a comida de perro. Triana se acomodó en el asiento del acompañante y empezó a preparar el mate. Siempre era la encargada de cebar. Los argentinos hacen un mate espantoso, decía para molestar a Koch. Triana, en cambio, respetaba la rigurosa liturgia de la cebada uruguaya. Koch se acomodó en el asiento de atrás y se echó de costado, usando las mochilas como respaldo. Estaba cansado y quería llegar a Imbituba cuanto antes. Cerró los ojos y se imaginó echado en la playa, con un buen libro y una cerveza a mano. Observó a Triana preparar el mate. Pensó en decirle algo sobre el baile. Había visto la mano del tipo por debajo de la remera. Imaginó las palabras: «¿Te divertiste bailando?», podría preguntarle, y ella captaría la sorna de inmediato, porque era una discusión que ya habían tenido más de una vez, cuando él la acompañaba a los salones de baile.

Koch reprodujo en su cabeza el ida y vuelta de palabras que seguiría: ella le diría que es un baile, y en el baile hay contacto físico, él diría que hay formas y formas de bailar, que ella es muy ingenua en esas cosas, que los tipos solamente piensan en coger, y entonces ella se ofendería, le contestaría que era un retrógrado y un imbécil, y así pasarían horas sin hablarse. Desgastado por el ejercicio mental, Koch volvió a apoyar la cabeza sobre la mochila, largó un cargado suspiro, y decidió no decir nada.

Un año atrás, Koch había tenido una pequeña aventura con una compañera del hospital. Fue una cosa de una no-

che, durante una guardia nocturna, pero la muchacha empezó a mandarle mensajes de texto a su celular y Triana se dio cuenta. Koch negó el romance, dijo que se trataba de una loca que lo perseguía, pero la duda quedó ahí, inamovible. Desde ese momento, Koch soportaba sus celos en silencio, sin decir una palabra, por temor a que la discusión se le volviera en contra.

Pasaron diez minutos y el hombre no aparecía.

—¿Dónde está este pelotudo? —preguntó Koch, enderezándose en el asiento.

—¿Estarán curtiendo en la cocina? —preguntó Triana, y en ese instante apareció el hombre por la puerta de madera, con el termo bajo el brazo.

—Se ve que aguanta poco —comentó Koch y se rio con un graznido.

El hombre parecía enojado. Se subió a la camioneta y cerró dando un portazo. Puso el motor en marcha.

—¿Y Monique? —preguntó Triana—. Queríamos despedirnos.

El hombre hizo como si no la hubiera escuchado y arrancó marcha atrás, levantando piedritas del suelo por la velocidad de las ruedas.

—Filha da puta —murmuró el hombre y descargó un tremendo golpe de puño sobre el tablero. Con el temblor del mazazo, una de las virgencitas se despegó de la goma del tablero y cayó entre los pies de Triana. El hombre siguió musitando insultos hasta llegar a la ruta. Hablaba consigo mismo y sacudía la cabeza de un lado a otro, como negando algo.

Durante un largo tramo viajaron sin música, bien por encima del límite de velocidad. Triana estaba nerviosa: cualquier asomo de violencia la angustiaba enormemente. Buscó la cara de Koch en el espejo retrovisor pero el ángulo en el que estaba regulado no se lo permitía. No se animó a girar la cabeza. Triana llevó su mano derecha hacia atrás y la apoyó en el respaldo de su asiento. Movié los dedos, des-

pacio. Koch entendió el pedido y apoyó su mano sobre la de ella. Ejerció una leve presión, una demostración de fuerza. Dejó la mano ahí, estirando y ovillando los dedos, como una sedante caricia.

Recién a la hora de viaje, el hombre encendió la radio y comenzó a cantar encima de la música, como lo había hecho antes. Triana lo tomó como una buena señal y empezó a cebar. Cuando le alcanzó el mate, el hombre lo aceptó con una leve inclinación de la cabeza y volvió a mostrar los dientes blancos de su sonrisa. Triana recogió la virgencita del piso y trató de ponerla en su lugar. El pegamento estaba gastado pero logró fijarla precariamente. El hombre agradeció el gesto y sacó una gran barra de chocolate blanco de una bolsa de nylon. Empezó a comerla a mordiscones. Ofreció.

—No pegan: el mate y el chocolate. Rimán pero no pegan —dijo Koch. Triana tampoco aceptó.

—¿Ustedes saben para qué se inventó el chocolate blanco? —preguntó el hombre.

—Ni idea —dijo Triana y aprovechó para darse vuelta y mirar a Koch, que conocía el remate del chiste, pero no dijo nada y se encogió de hombros.

—Para que los negros puedan mancharse la cara —contestó el hombre y se rio como lo había hecho antes, con esa intensidad que le deformaba el rostro.

Cuando se acabó el agua caliente, Triana dejó el termo y el mate en el piso y empezó a armar un cigarrillo de tabaco. Siempre había fumado tabaco suelto. Así es más barato y también fumo menos, argumentaba. Además, le gustaba la artesanía que implica el acto de armar: envolver la cantidad justa de tabaco en el papel, amasarlo entre los índices y los pulgares, pasar la lengua por el borde de la seda. El hombre miró de reojo todo el procedimiento.

—¿Puede armar uno para mí? —pidió.

—Puedo —dijo Triana y empezó a hacerlo.

El hombre se inclinó para abrir la guantera, sin sacar los ojos de la ruta. Triana sintió en su pantorrilla el roce del antebrazo, como si un gato la hubiera cepillado con la punta de su cola. Retiró un poco la pierna.

—Disculpa —dijo el hombre—. ¿Puede sacar una bolsita negra de la guantera?

Triana encontró, escondida entre un montón de papeles, una bolsita del tamaño de una caja de fósforos.

—Bota un poco de polvo en mi cigarro —dijo el hombre.

Koch, que estaba recostado contra las mochilas con los ojos cerrados siguiendo la conversación, se enderezó en el asiento. El hombre volvió a regular el espejo retrovisor, para poder mirar a Koch directamente a los ojos. Triana desató el nudo de la bolsita y encontró el polvo blanco.

—Es polvo bueno —dijo el hombre—. No es pasta, no.

Triana se quedó con la bolsita abierta en la mano, dudando.

—Es bueno para dirigir. Te mantiene despierto —agregó el hombre.

—No sé bien cómo armarlo —mintió Triana.

El hombre se arrimó a la banquina y detuvo la marcha, sin apagar el motor. Era un tramo oscuro de la ruta, poco transitado. A los costados solo había campo y pastizales.

—Es fácil. Se toma una pizca entre el índice y el pulgar, y se espolvorea encima del tabaco —mientras daba las indicaciones, el hombre lo fue haciendo usando su mano derecha—. Como la sal de una comida —dijo, cuando terminó la tarea—. Ahora pasa la lengua para pegarlo —ordenó el hombre a Triana.

—Yo te lo pego —dijo Koch, tomando el cigarrillo de las manos de Triana—. La saliva de mujer no sirve para pegar. Eso dicen los guachos de mi país.

El hombre no hizo nada para detenerlo. Aceptó el cigarrillo cerrado de la mano de Koch y lo encendió. El hombre salió del auto, se alejó un par de metros, y se puso a mear,